

desdoro propio el que sus partidarios desacreditasen á la reina y sus parciales hasta el punto de llamarla los burgeses de Sahagun *me-retriz pública y engañadora*, y á todos los suyos *hombres sin ley, mentirosos, engañadores y perjuros*<sup>1</sup>; y lo que fué mas grande, indigno y atentatorio á la autoridad real de Doña Urraca, la encerró como vulgar prisionera en el fuerte de Castellar.

Semejante proceder habia de derramar cada vez mas amargura en el corazon de la desdichada reina; y uniéndose á sus agravios personales el mas terrible todavia para su maternal amor, de haber atentado el aragonés á la vida de su entenado, agotóse en el corazon sensible de Doña Urraca todo sentimiento, no ya de afecto, sino de benevolencia hácia su desatentado esposo, perdiendo para siempre la ventura y hasta el necesario acierto en la gobernacion de sus reinos; que los profundos pesares del corazon, llegan tambien á embotar la inteligencia.

### III.

Antes de seguir la narracion de los sucesos en que Doña Urraca desempeñó tan principal papel, necesario es dar noticia, siquiera sea ligeramente, del estado en que á la sazón se encontraban Portugal y Galicia, cuyos príncipes, prelados y magnates con frecuencia han de mencionarse en la historia de Doña Urraca, á fin de poder comprender con toda exactitud los acontecimientos, que deben irse sucediendo en el curso de nuestra historia.

Ambicioso Enrique de Portugal, mas de lo que á su genio y gloria convenia, apenas tuvo noticia de la muerte del primer marido de Doña Urraca y del sexto Alfonso, concibió el atrevido proyecto de hacerse dueño de toda la monarquía castellana. El llamamiento del

<sup>1</sup> Anónimo de Sahagun, Cap. 48.

último rey en favor de la sucesora legitima que le sobrevivía desbarató completamente sus proyectos, desesperanzado de conseguir su propósito por el camino de la legalidad; pero no cediendo en sus audaces planes y queriendo realizar por la fuerza lo que el derecho y la razon le negaban, empezó á reunir sus guerreros para acometer la difícil empresa de arrojar del legitimo trono que ocupaba, á la hermana de su esposa.

No hubo de encontrar número bastante de parciales para tal empresa, ó debió temer mucho el proverbial valor de los leoneses y castellanos, cuando pasó á Francia á reclutar soldados con el fin de llevar á cabo sus designios; pero desgraciadamente para él, se le supusieron en aquel país diversos planes de los que llevaba, y reducido á prision se hubiera visto mucho tiempo imposibilitado de seguir en sus planes trastornadores, á no haber logrado fugarse, entrando en España por los estados del aragonés.

No podia á la verdad llegar en mejor sazón para sus proyectos y los de D. Alonso: preparábase el *Batallador*, ya sin rebozo alguno, á despojar de sus reinos á Doña Urraca, y acogiendo las proposiciones de Enrique, hicieron mútua alianza para acometer unidos las tierras de Leon y Castilla, y repartírselas luego; pacto, que á haberse realizado el proyecto que les servía de base, bien pronto se hubiera visto roto por ambos contratantes.

Mientras tenían lugar los acontecimientos que vamos narrando, crecía en la pequeña aldea de Caldas de Galicia bajo la tutela y direccion del conde Pedro de Trava, el tierno príncipe Alfonso, hijo de Doña Urraca y de su primer esposo D. Ramon de Borgoña. Ya por seguir las disposiciones testamentarias del difunto monarca, ya por acudir con previsora solicitud á contener las ambiciosas miras, que desde luego pudieron adivinar todos los magnates castellanos en el rey de Aragon, apenas contrajo con este segundas nupcias la Reina, el conde de Trava trató de proclamar rey de Galicia al infante D. Alfonso.

O por que los ocultos manejos del *Batallador* lo impidieran, ó



por que el conde temiese ofender con esto á Doña Urraca, la realizacion de tales proyectos ibase dilatando, cuando tuvo lugar la prision de la legitima soberana de Castilla en la fortaleza de Castellar, y el natural y legitimo enojo contra su marido la hizo volver otra vez el pensamiento hácia su hijo, enviando mensageros á Galicia para que le proclamasen rey en aquella comarca.

El propósito de la reina no podia ser mas conforme con el del noble tutor del tierno príncipe; y fácilmente se hubiera llevado á cabo, á no haber comprendido la gran trascendencia de semejante idea el aragonés, procurando evitar su realizacion á toda costa. Para ello, y no importándole nada todos los medios, si podian conducirle al logro de sus fines, intentó reconciliarse con la reina, la cual resentida y todo hubo de condescender, creyendo que así evitaria los tristes efectos de las civiles guerras, que tan postrados y abatidos traian á sus pueblos.

Aquella reconciliacion produjo como era natural el disgusto en el ambicioso portugués, y lejos de evitar las contiendas y trastornos, como deseaba Doña Urraca, aumentó por el contrario los disturbios interiores del reino. Indignado Enrique de que el aragonés se hubiera reconciliado con su esposa, creyó mejor medio de realizar sus planes instigar al conde de Trava para que elevase al niño Alfonso al trono de Galicia. Para determinarle en tal resolucion llegó entonces á noticia del tutor real el proyecto que habia formado el Rey de Aragon, de quitar la vida al infante y á su ayo; y decidido este á proclamar rey á su pupilo trató de poner en planta su proyecto.

Los pequeños rencóres, que hijos de la envidia cortesana, pululan siempre al rededor de los príncipes, fueron causa de que algunos hidalgos, enemigos personales de D. Pedro de Trava, temiendo la gran influencia que habia de alcanzar en los destinos del pais si se proclamaba rey al tierno Alfonso, se opusieron abiertamente al propósito de su coronacion, llegando en su audaz encono, hasta reunir fuerza armada para apoderarse del presunto rey.

Residia este en la fortaleza de Santa Maria de Castrello, bajo la

custodia de la condesa de Trava, y hallabáse ausente el conde, cuando aquellos envidiosos hidalgos capitaneados por los hermanos Pedro Arias y Arias Perez, atacaron con gran golpe de gente dicha fortaleza, poniéndola estrecho cerco. No era en verdad la condesa señora que fácilmente se abatiera; y defendiéndose con los pocos servidores que pudo reunir, mantuvo á raya el atrevimiento de los sitiadores, al mismo tiempo que pedia pronto auxilio al obispo de Compostela Diego Gelmirez, el cual, si hasta entonces habia mostrado alguna vacilacion, declaróse abiertamente decidido protector del jóven príncipe.

Llegó el Prelado al castillo, dejéronle penetrar dentro de sus muros los sediciosos; pero al tiempo de pasar los umbrales precipitáronse todos en tropel tras el Obispo compostelano; y por mas que la Condesa quiso conservar entre sus brazos á la inocente causa de tantos desmanes; por mas que para mejor defenderle lo alzó en los suyos el Obispo; por mas que éste arengó á la ciega multitud y los pocos defensores del castillo trataron de oponerse, la gente de Arias Gonzalo arrebató violentamente al infante de manos del Obispo, y Príncipe, Condesa, Prelado y servidores, todos quedaron prisioneros.

Semejante atentado y fácil triunfo asustó á los mismos que lo habian realizado y conseguido. Santiago y Galicia entera levantáronse para castigar tal desacato; y temerosos los parciales de Arias Perez, pusieron en libertad á los ilustres prisioneros, logrando al fin el Prelado pacificar toda la Galicia y atraer al partido del infante á los nobles mal avenidos.

La mas aparente que verdadera concordia arreglada entre el *Batallador* y Doña Urraca caminaba entretanto de nuevo á declarado rompimiento. Ni el génio altivo y brusco del aragonés monarca podia fácilmente dominarse, ni él deseaba la union con su esposa mas que como medio político para realizar sus ambiciosas miras. Así es que cuando creyó llegado el momento oportuno de proseguir abiertamente en el camino de la usurpacion, los malos tratamientos se repitieron y los regios consortes volvieron á separarse. Leales los condes castellanos, y muy especialmente el anciano ayo de Doña Urraca, Pedro



Ansures, agrupáronse en torno de su legítima soberana, mientras el inquieto Portugués convencido de que no podía obtener resultados en Galicia de sus sediciosos manejos, renovava su antigua alianza con Alfonso, el cual durante su pasagera reconciliacion con la Reina, se habia apoderado de Toledo donde gobernaba Alvar-Fañez<sup>1</sup>.

La guerra civil declaróse por último abiertamente. Los reyes de Aragon y de Portugal avanzaban hácia Segovia con sus ejércitos reunidos, mientras el de Leoneses y Castellanos, fiel á Doña Urraca, les salia al encuentro. En el campo de Espina, cerca de Sepúlveda encontráronse ambas huestes. Mandaban el ejército de la Reina los condes D. Pedro de Lara y D. Gomez: empeñado y reñido fué el combate; pero favoreciendo en aquel día el triunfo á las armas aragonesas, quedó por ellas la victoria y muertos en el campo del honor no pocos magnates castellanos con el mismo conde D. Gomez.

Conociendo el carácter impetuoso é insaciable del aragonés, fácilmente se comprenderá á que extremos le conduciría el desvanecimiento de tal victoria. Cual si entrasen por tierras de infieles derramáronse sus soldados por las llanuras de Castilla, y la destruccion y el pillage señalaban por donde quiera su marcha. Los partidarios de la Reina eran cruelmente perseguidos; los Prelados que la habian protegido, ó sufrieron el destierro ó abandonaban asustados sus sillas; los hogares veíanse violados; y las sagradas casas del Señor entregadas á la profanacion y al saqueo.

Doña Urraca ante tantos horrores convocó á sus parciales para buscar remedio á la angustiada situacion en que se encontraba; y volviendo el pensamiento como único refugio al príncipe D. Alfonso, consiguió verle aclamado por rey de Galicia, ungiéndole por su mano en la Catedral de Compostela el obispo D. Diego Gelmirez.

Para vigorizar la causa de la Reina y dar al mismo tiempo grato consuelo al atribulado corazón de la madre, determinaron los magnates gallegos llevar el jóven rey á Castilla á fin de que se reuniese

<sup>1</sup> Anales Toledanos primeros.—Berganza. Antigüedades, tomo 2.º

con Doña Urraca, y deseosos de ponerle á cubierto de todo desman, decidieron acompañarle el Prelado, el conde de Trava, y otros muchos señores, con toda la gente de armas que pudieron allegar. No eran desconocidos estos proyectos del aragonés, y lleno de enojo por la proclamacion del hijo de su esposa, salió con sus gentes decidido á cerrarles el paso y apoderarse del nuevo rey de Galicia.

Habia ya dejado atrás la comitiva del jóven monarca los muros de Astorga, cuando el activo *Batallador*, presentóse con sus gentes de armas en el pueblo de Villadangos, manifestando abiertamente su designio. Los nobles gallegos aceptaron sin vacilar el combate, y defendieron como buenos á su monarca; pero la victoria coronó nuevamente los esfuerzos del aragonés, apesar del heróico valor desplegado por los defensores del niño Alfonso. No logró, sin embargo, el *Batallador* su principal propósito, que consistia en apoderarse del rey, porque comprendiendo en medio del rigor de la batalla que la fortuna volvia las espaldas á sus soldados, el Obispo Gelmirez cogiendo sobre su caballo al tierno monarca, le arrancó de los horrores de la lucha, conduciéndole al castillo de Orcillo, donde se encontraba Doña Urraca.

Apenas transcurridos los primeros momentos de maternal expansion, tuvo la desventurada Reina que pensar en los medios de resistir los ataques del usurpador, salvando al mismo tiempo la vida de su hijo; que la fortaleza en que se hallaban no era propósito para sufrir un largo asedio, y pocos y exhaustos de recursos sus defensores. Doña Urraca y el Obispo trataron por consiguiente de refugiarse á mas seguro asilo, y en medio de los rigores de un crudísimo invierno, atravesando las asperezas de las astúricas montañas, temiendo á cada paso encontrarse con las vencedoras huestes del aragonés, casi solos en aquella triste huida, llegaron á Galicia entrando por último en Santiago, donde ya pudo respirar mas tranquila la desdichada reina y affigida madre.

No limitó, sin embargo, su dolor á llorarle debilmente; recobrando la energia, que tantos pesares debieran haber extinguido, hizo un